

El 24 de junio, onomástica de San Juan, siempre ha tenido una profunda significación en relación con la siega del trigo, una labor que en zonas de cereal, como es la provincia de Ciudad Real, se realizaba entre junio y julio. Le seguían todas aquellas tareas vinculadas con el trigo como eran la de trillar y aventar en las eras. Este mismo mes de junio de 1941, coincidiendo con el solsticio de verano, la Wehrmacht -fuerzas armadas alemanas- atacó a la Unión Soviética. Y ese ataque desencadenó en España, y desde luego en Ciudad Real, una oleada de simpatía porque muchos no lo vieron como una invasión de Rusia, sino como una Cruzada contra el Comunismo. Desde ese instante, centenares de jóvenes ciudadrealeños dejaron atrás las mieses doradas y se marcharon a luchar en aquella lejana guerra.

Lejana lo era, sin la menor duda, pero ¿era extraña a ellos?. La inmensa mayoría de quienes iban a participar en aquella aventura no lo vieron así ya que, según su forma de interpretar la Guerra Civil, aquella había sido como consecuencia de una agresión de la Rusia comunista contra España. No vamos a polemizar a propósito de si esto es cierto o falso, lo que importa ahora es que ellos lo percibieron así, de modo que muchos hombres iban a dejar atrás las distintas comarcas de Ciudad Real para ir a luchar en lugares remotos, donde -con seguridad- nunca habían pensado que terminarían yendo a combatir.

Pero por un momento vamos a trasladarnos a agosto de 1942. Ha pasado algo más de un año desde el inicio de la campaña de Rusia. La Diputación Provincial de Ciudad Real acuerda crear una medalla específica para premiar a los voluntarios de la provincia en la División Azul (Pérez y Prieto, 2012). ¿Qué tiene esto de singular?. Ninguna otra provincia española hará algo similar. Una lo intentó -Murcia- pero desistió, de tal forma que cuando la Diputación Provincial hace su encargo, la División Azul se ha trasladado desde el frente del río Vóljov hasta los arrabales de Leningrado, con el objetivo de tomar parte en lo que se espera sea el asalto a la ciudad donde el bolchevismo triunfó en el año de 1917.

A día de hoy y aunque pueda sorprender a más de uno, quedan muchos aspectos por estudiar sobre la División Azul. Por ejemplo sería muy interesante un estudio comparativo sobre la repercusión de cada provincia sobre el conjunto de provincias españolas. El profesor Carlos Aller está en ello y ha tenido la amabilidad de adelantarnos los datos que se refieren a Ciudad Real. Centrándonos en el contingente inicial de voluntarios, y atendiendo al personal reclutado a través de las Jefaturas de Milicias de Falange, nos encontramos con que la Jefatura de Ciudad Real ocupa la posición nº 15 según el volumen de voluntarios aportados. Le superan -a muchísima distancia- las Jefaturas de Madrid, Barcelona, Asturias y Valencia. Hay también una notable diferencia con las de Valladolid, Sevilla, Pontevedra y Cádiz y, finalmente con un margen ya mucho más ajustado con las de Santander, Albacete, Murcia, Zaragoza, y Bilbao. Las restantes Jefaturas Provinciales van a proporcionar menos inscritos que la provincia de Ciudad Real.

Otra interesante comparativa la tenemos en la cifra de voluntarios alistados por cada Jefatura de Milicias en relación directa con la población masculina en edad militar, en esta caso Ciudad Real escala hasta la 13ª posición a tenor de los resultados estadísticos de la citada investigación, aún en curso, pues resulta que en ese caso el orden de prelación es: Madrid, Valladolid, Albacete, Santander, Álava, Asturias, Cádiz, Guadalajara, Pontevedra, Guipúzcoa, Palencia, Cuenca y Ciudad Real. Todas las demás tienen un proporción entre voluntarios aceptados por las Jefaturas de Milicias respectivas y la población varonil en edad militar, por debajo de la cifra de Ciudad Real.

Finalmente para el mes de octubre de 1943, la Diputación Provincial de Ciudad Real establece el Reglamento que determina la concesión de citada medalla y en el siguiente mes de noviembre, se realiza una concentración pública en Valdepeñas para imponer las 500

medallas concedidas, un acto referenciado en la prensa nacional. Y, sin embargo, la situación es radicalmente diferente a la existente en aquel relativamente cercano junio de 1941. La suerte de las armas se ha inclinado contra Alemania. En Rusia, desde Stalingrado. Y en el Mediterráneo –en las inmediaciones de España- desde que en noviembre de 1942, los norteamericanos han desembarcado en Marruecos. Nunca podremos saber qué pensaban aquellos hombres que se congregaron en Valdepeñas para recibir esta singularísima condecoración –de la que se hablará al final de este estudio- pero con seguridad, todos eran muy conscientes de cuanto había cambiado el escenario desde aquel verano de 1941, cuando dejando atrás las mieses doradas muchos de ellos partieron hacia aquella guerra que se iba a librar en Rusia, en principio tan extraña a ellos, aunque convencidos que iban a rematar allí lo que en España se había iniciado: la tarea de acabar con el comunismo.

Su madre se dirige a nosotros con una carta en la que nos pinta su angustiada situación por ser el único hijo que le ganaba y quedarle la perspectiva de la recogida de la cosecha para cuya siega no dispone de dinero alguno y necesita forzosamente pagar a un segador. Delegación de Falange en Almadenejos. Madre del divisionario Bibiano Mejías Gómez (Agudo).

MOTIVACIÓN DEL PRESENTE LIBRO

En el año 1941 y siguientes, 45.000 hombres alcanzaron la condición de divisionario en una España con 26 millones de habitantes. Muchas familias se vieron implicadas directa o indirectamente en la Unidad militar conocida como División Azul; para la década de los años 40 hablamos de padres, hermanos, hijos y sobrinos; hoy son los hijos, nietos y bisnietos, y entre ellos, una parte importante manifiestan sus ganas y deseos de conocer la historia divisionaria de sus familiares: motivos, participación y efectos que pudo producir en sus familias que su antepasado formara parte de la División Española de Voluntarios.

Cuando el escritor ruso Pushkin recababa información sobre el líder de una rebelión campesina, el zar Nicolas y al tener noticias del hecho, hizo cierta observación, “personas como esa no tienen historia” (Burke, 1991). Plantearme un estudio provincial sobre los integrantes de la División Azul en Ciudad Real con estos escrúpulos sería sacrificar muchas horas de trabajo, investigación y tiempo familiar, para obtener un resultado estéril. Por el

contrario, la finalidad que se pretende es poder volver a nombrar la División Azul con respeto o rechazo, de frente o espaldas, con vocación o frialdad, como cada uno considere, pero no dejarlos a ambos lados del camino. Ellos, todos ellos, vivieron con intensidad esos años aparentemente desprovistos de razón y lógica, cegados por enfrentamientos pero también cargados de ideales, manteniendo sus empeños y en ocasiones, con cierta resignación. Por descontado, estamos ante circunstancias que no debemos juzgar desde la perspectiva actual porque en definitiva, se trata de recrear la historia de los divisionarios a partir de todo hecho, acción o vestigio que hayan dejado los soldados en expedientes, testimonios, fotografías, formas de vida, etc.

Tratar de escribir un estudio sobre la División Azul tiene su complicación. Sin citar todos los inconvenientes encontrados, el factor que determina la ideología y la posición de ciertos autores respecto a la memoria histórica, en ocasiones van de la mano más de lo necesario. La generación posterior a la División Azul, en principio ajena a todo prejuicio sobre el origen y participación de nuestros soldados en Rusia, está consiguiendo desde cierta objetividad y con la aparición de estudios plausibles, la oportunidad de alcanzar una verdadera conciencia y fidelidad en su análisis. Leer la enorme bibliografía divisionaria que sigue apareciendo lleva a la conclusión que, salvo honrosas excepciones, ya sea por negligencia o por complacencia, los “bandos” en que se divide la historiografía sobre este tema, en ocasiones están más pendientes de las publicaciones contrarias para desmontar sus teorías que en realizar un verdadero análisis del legado que los divisionarios pudieron dejar a las futuras generaciones.

Estudiando la bibliografía que van generando estas dos tendencias historiográficas tan antagónicas, hay detalles que inevitablemente ayudan a alinear al lector en una apreciación histórica en detrimento de la otra. Voy a tomar como ejemplo la batalla de Possad, hecho descrito en posteriores capítulos de este mismo libro y donde los españoles sufrieron bajas desmedidas. Un número muy escaso de estudiosos han profundizado en las posibles razones estratégicas que llevaron a mantener la plaza de Possad, cuando lo habitual hasta ahora, ha sido presentar las enormes cifras de bajas sufridas por los españoles sin intentar comprender que pudieron existir motivos militares para defender ese sector, aunque finalmente el episodio concluyó con una retirada. El historiador Martínez Reverte achaca lo ocurrido al mando alemán y afirma que, “se habían olvidado de ellos” porque, y en parte es lo que defiende esta rama historiográfica, los españoles eran considerados como “carne de cañón” por los alemanes. Este autor hace responsable de ese sacrificio aparentemente inútil, al general alemán Von Roques, y para reafirmar la desgracia que ha caído sobre la División Azul con este oficial al mando, lo acompaña mencionando su condena como criminal de guerra al finalizar el conflicto:

Cuando la guerra acabe, y se celebre el proceso de Núremberg para esclarecer y castigar los crímenes de guerra cometidos por los responsables alemanes, se abrirá un proceso contra el OKW, el centro de mando del ejército alemán. De los catorce encausados, tres habrán sido jefes directos de los españoles de la División 250: el mariscal Wilhelm von Leeb, el general Georg von Küchler y el general Karl von Roques. Un buen plantel de hombres que serán declarados culpables de crímenes de guerra y crímenes contra la Humanidad (Martínez, 2011).

Martínez Reverte intenta mostrar como precisamente el responsable de los españoles, aparece sentenciado por crímenes de guerra. Pero no se molesta en averiguar que hay dos hermanos Von Roques, el que opera en el sector de la División Azul, Franz Von Roques y el que lo hace en Ucrania, Karl Von Roques, siendo este último el sentenciado a veinte años de

cárcel. Con este pequeño matiz queda eliminada la maliciosa asociación entre un general alemán condenado por crímenes de guerra con el devenir de la División Azul (Caballero, 2019: 728). Ni que decir tiene que tampoco va a tratar de entender la gran importancia estratégica que en realidad tenía Possad. Generar estas tensiones por parte de ciertos historiadores, tanto psíquicas como académicas, es buscar una estrategia de subversión, una manera profesional de enrevesar los hechos con el objetivo de deformar la verdadera historia de la División Azul, manipulando su significado.

Algunos de mi generación, de muy finales de los años 60, hemos crecido con recelo respecto a los temas militares. En el tema divisionario hemos estado expuestos a una deformación fundada en el olvido, en la no perduración de sus intereses originales y, por nuestra parte, en la comodidad de evitar repensar la historia desde posiciones nada agradables, pero ¿para quién puede resultar embarazoso hablar hoy de la División Azul?. El problema se debe al afán de muchos en presentar la historia como una película de buenos y malos; en dar un tratamiento de hechos deleznable a comportamientos voluntarios y en principio, desinteresados de los divisionarios; o de conceder tintes de sufridos mártires a los divisionarios en respuesta a los ataques de pensadores autodenominados progresistas. En resumen, han tratado el tema divisionario (y tantos otros de nuestra historia) desde la rivalidad, el enfrentamiento y en el “ellos fueron peores”. Por fortuna hay estimulantes excepciones que ajenas a este afán polémico, han logrado realizar estudios territoriales sobre los divisionarios sin recelos ni censuras, ciertamente encomiables, hablo de los dedicados a Baleares, Cantabria o Murcia, estudios que los historiadores “progresistas” tratan de descalificar apuntando la existencia de una supuesta simpatía de sus autores hacia los divisionarios; pero lo que encontrará el lector al comparar las dos posturas, es que una parte va a aportar nombres y hechos concretos apoyando sus tesis, algo que escasea en la otra postura y que, como respuesta a estos estudios basados en datos y testimonios, se permiten calificarlos como ejemplos de “erudición inútil”.

Tal vez necesitemos otro periodo de 80 años para que futuros historiadores traten el tema divisionario sin actitudes impuestas, analizando realidades y vivencias históricas, sin convicciones radicales ni servidumbres ideológicas. Ocurrirá y será garantía de libertad, pero llegará sin la participación de los últimos divisionarios, del “último vagón” divisionario, que en brevísimos momentos serán lo que muchos niegan, nuestra historia.

Desde un primer momento y centrando el objetivo en la síntesis del primer estudio sobre la División Azul en la provincia de Ciudad Real, cometí el inocente error de pensar que las familias estarían esperando, casi fervorosamente, la visita de alguien interesado en intervenir y rebuscar en su antepasado divisionario. Lamentablemente el clima de olvido, de no remover el pasado, ha sido un lastre en la búsqueda de datos, documentos o fotografías. Una actitud que evidencia la mala salud social que nos envuelve. Lo fácil ha sido rebuscar en los archivos los miles de nombres de nuestros paisanos. Lo difícil, por inesperado, ha sido convencer a las familias, propietarias de los legados en sacarlos a relucir sin otro fin que hacer memoria a sus padres, maridos, tíos o abuelos. Sin embargo, pasando por alto esas consideraciones y aceptando que sus motivos tendrán, en ciertos casos se han invertido los términos y he encontrado divisionarios y familias que me han aceptado generosamente, que han compartido sus recuerdos, algunos imperceptibles, otros conmovedores, albergando esperanzas en el reconocimiento de su condición de divisionario que a sus edades no necesitan para afirmar su existencia. Un ejemplo de este gesto lo encontramos en la respuesta que aporta Teresa Ballesteros, nieta del divisionario Blas Ballesteros Nieto-Sandoval:

Ante todo, muchísimas gracias por haber colaborado a mis ganas de saber más, de tener una visión más clara de mi abuelo, de mi antepasado, porque opino que, al fin y al cabo, somos lo que fuimos, que la verdadera sabiduría reside en el saber, en el conocimiento integral de nuestra historia, de los nuestros. Me siento orgullosísima de pertenecer al linaje de esas personas tan valientes, tan dispuestos a dar su vida por España, tan, a pesar de su escaso conocimiento de tácticas y armamentos, estuvieron allí, dando lo que de sobra tenemos los españoles y españolas: CORAJE.

Creo, que se quedan obsoletos y pasados, los motivos políticos tan radicales que movilizaron a tantas personas, pero opino, que no podemos juzgarles, ya que la sociedad hoy en día ha evolucionado y con ella la forma de pensar y pluralizar (correo electrónico de 7.6.2019).

En ocasiones la respuesta ha sido tan diplomática que la única réplica posible ha sido el agradecimiento:

Disculpa que no te haya respondido antes pero quería hablar con mis hermanos para ver si lo que yo te voy a trasladar era compartido por ellos.

Verás, la verdad es que tenemos muy difícil por no decir imposible, ayudarte porque mi padre, jamás nos comentó nada de su experiencia en la División Azul. Yo pensaba que, al ser yo el pequeño, a lo mejor era solo a mí al que no había comentado nada, pero mis hermanos me confirman que a ellos tampoco. Tampoco mis tíos nos comentaron nunca nada. Nunca entraron en detalles.

No solo eso, sino que no tenemos nada respecto a documentos o fotos o cualquier otro vestigio. Es casa nunca se hablaba de eso ni de nada que tuviera que ver con la experiencia que vivió mi familia en la Guerra Civil y en la postguerra. Es como que formaba parte de la vida anterior de mi padre antes de casarse. Supongo que todo quedaría en su casa de soltero. Es por eso que siento decírtelo, nada tenemos para aportarte a nivel documentos y, a nivel testimonio nada podríamos decir porque nada nos trasladó.

No sabes cómo lo siento porque tu trabajo seguro que será muy interesante y sobre todo revelador de algo muy desconocido (Manuel N.A., correo electrónico de 10.9.2019).

Pensando en todas estas variables, pero muy concretamente en los divisionarios que he tenido ocasión de tratar -Joaquín Santa Cruz Naranjo, Roberto Muñoz Martín-Peñasco y Félix Martínez Escobar-, he intentado reconstruir la historia divisionaria en Ciudad Real, con la suerte inesperada de poder entrevistarlos tantas veces como ha sido necesario, leer sus diarios y recordar junto a ellos hechos tan remotos y cercanos a la vez. Si en algo les he fallado ha sido por no llegar a tiempo de editar este libro con ellos presentes.

Al resto y por razones generacionales no los he podido tratar, circunstancia resuelta por aquellas familias que han mostrado una evidente disposición a la hora de exponer la participación en la División Azul de su antepasado, familiares de Cándido Zamora Pardo, Ramón Pérez Caballero, José Luis Megía Merlo, Ángel Bustos Delgado, Luis Pozo Medina, Arturo Espinosa Poveda, los hermanos Díaz Abad, Simpliciano Olivares, Regino Ayllón, Ramón Vélez, Daniel Medina Lillo, Atilano Majan, Manuel del Álamo Gamarra, Daniel Aliseda Vázquez, Antonio de la Peña, Joaquín González-Mohino, Teodosio Sánchez Villanueva, Manuel Marchán, José Sánchez García, Cirilo Casares, Andrés Fernández de Marcos y muchos más, cuyas pertinentes aportaciones se han transformado, en combinación con lo encontrado en los expedientes militares y civiles, en la sustancia del presente texto.

El libro que tiene el lector en sus manos, que es el primer estudio sobre la División Azul en Ciudad Real y su provincia, es el resultado de más de doce años de trabajo

académico, de campo y personal. En ocasiones redactado en primera persona para hacer visible la dificultad a la hora de recoger datos y testimonios, mezclando tiempos presentes y futuros con la intención de evitar el rígido plural mayestático, ese que aunque en ocasiones pueda parecer necesario, en el fondo favorece la pérdida de la esencia de lo escrito, tan impersonal, tan distante. Escrito sin la obligación de rendir cuentas ante una corriente basada en la oposición a una forma de pensar heterogénea, que no debe responder ante ningún poder.

Aunque y como no puede ser de otro modo, se trate de ser lo más estricto posible, no se pretende el rigor estructural de una tesis doctoral, el texto es un trabajo de cercanía con los familiares, conocidos de los divisionarios e interesados por la historia de la provincia y de la División Azul en particular. Buscando una lectura amena y lo más cómoda posible, solo se citan las fuentes en párrafos de cierta importancia, para dejar patente su literalidad a la vez que en todos los entrecomillados presentes, aunque solo sea para una frase, se mantiene la transcripción veraz de lo encontrado en los expedientes y testimonios, pero sin citar la fuente puesto que el resultado serían cientos de notas a pie de página, perdiéndose la fluidez en la lectura del texto.

La historia no debe mostrarse como si fuera una narración en estado de equilibrio perfecto, y si algo representa al soldado divisionario, además de los relatos homogéneos que nos han dejado, es la posibilidad de mostrar sus voces marginales, por pocas que fueran.

Por último y ante la abrumadora cantidad de datos manejados para el estudio, puede darse algún que otro desliz en la significación de ellos, su representación literal está expuesta con el fin último de que cada uno saque sus propias conclusiones. Puede variar la forma en el tratamiento del dato, pero la presencia y mención de ese dato es incuestionable. Como primer ejemplo sirva el porcentaje sobre las razones de alistamiento de los 967 divisionarios ciudadrealeños. Un 70,68 por ciento lo hacen con una demostrada ideología falangista o con una tendencia derechista acreditada en sus expedientes. Debe ser el lector quien decida si estamos ante una recluta eminentemente ideológica, o por el contrario podemos encontrar indicios de cierta obligatoriedad.

LA DIVISIÓN AZUL EN CIUDAD REAL

Como ya he mencionado, existen impecables estudios territoriales (regionales, provinciales, comarcales y locales) sobre la División Azul, aunque a veces son tan extensos que están subordinados a un conocimiento muy específico de esta Unidad militar. Un estudio local puede establecerse desde varias perspectivas y clasificaciones; desde nombres y datos, grupos, regimientos, localidades, lugar de residencia y por último, según las fechas de participación. Hay tantas variables que puede perderse el sentido y contenido.

De los 967 divisionarios manchegos catalogados a día de hoy, se hace obligado mencionar sus nombres, la unidad en la que sirvieron y la posible relación entre ellos, dejando constancia de su localidad de origen o residencia. La mayoría se alistan en la capital y pueblos de cierta importancia. Algunos, siendo ciudadrealeños, lo hacen desde otras zonas de residencia, ya sea temporal o permanente, al ser distinta a su provincia natal; y como última variable se incluyen aquellos nacidos fuera de la provincia que se alistan en la misma por

estar de paso, viviendo en ella o cumpliendo el servicio militar obligatorio en el Regimiento de Artillería 64 ubicado en la capital ciudadrealeña.

Consultando referencias transmitidas por otros autores, en ocasiones, ha ocurrido que conforme han presentado al público sus estudios provinciales sobre la División Azul y según ha finalizado el acto, se han acercado familiares para dar a conocer la condición divisionaria de un antepasado, hecho que estos autores desconocían dada la dificultad que presenta este tipo de investigación. Es muy probable que algo similar ocurra con el presente estudio, pero a pesar de las limitaciones, me aferro a pensar que todos los divisionarios ciudadrealeños están incluidos en el presente estudio.

Conocer a un divisionario tiene sentido y ayuda a concretar su realidad. Al comienzo de recopilar nombres y datos en abril de 2010, me propuse encontrar los últimos divisionarios manchegos que estuvieran a mi alcance. Ellos son el testimonio mismo de su vida, nadie más. Cuatro fueron los encontrados, los citados Joaquín Santa Cruz Naranjo, Roberto Muñoz Martín-Peñasco, Félix Martínez Escobar y Ángel Bustos Delgado, aunque este último ya no estaba en condiciones de poder sustraerle testimonio. Los entrevisté, conocí sus palabras, rituales, modales y aunque con sus memorias articuladas en un lejano recuerdo, fueron capaces de ubicarme en la mentalidad divisionaria. Dionisio García-Izquierdo Sánchez, natural de Guadalmez también vivía entonces, como autor del libro *El último divisionario en Possad* se convirtió en un referente en la literatura divisionaria. Otro de los últimos ha sido Luis Clemente Moreno-Antequera, natural de La Solana fallecido el 7 de agosto de 2018 y del que tuve solo conocimiento a raíz de su fallecimiento.

De todos ellos un pequeño grupo se tomó la sensata molestia de escribir sus memorias, convirtiendo sus experiencias en textos legibles por todos, Ramón Pérez Caballero, Luis Pozo Medina, Arturo Espinosa Poveda, Félix Martínez Escobar y alguno más que seguro redactaron aquella vivencia. En el migueltureño Manuel Ramos Molina, que también dejó escrita su experiencia divisionaria, encontramos la dificultad en el trato con algunas familias. El 13 de noviembre de 2015 y en conversación telefónica con su viuda, después de presentarme, le solicité más datos, documentos y fotos del divisionario. La respuesta fue contundente, -“¡no quiero hablar de este tema!”. Por suerte pude hacerme con su diario y a buen seguro, Manuel Ramos estará orgulloso de ser citado.

Un talante algo más abierto tenemos en la familia de un divisionario de Daimiel. Este fue un destacado falangista, muy activo desde la fundación de Falange en su localidad. Actualmente el hermano del divisionario guarda la correspondencia que enviaba el soldado desde Rusia. Puesto en contacto con su sobrino-nieto, Jesús Hernández Mendiola, este aclara la situación:

Perdona que tarde en responder. He estado leyendo las cartas con mi padre, en ellas trata varios temas, algunos delicados y critica algunas maneras de actuar de los propios militantes de su partido [Falange]. Mi padre dice que él no quiere problemas si llega a oídos de algún familiar aquí en Daimiel o similar. Voy a tratar de enviarte todo, para que lo leas y si decides publicar algo, antes me lo comentas para decírselo a mi padre y ver si está de acuerdo, si lo hacemos así no creo que haya ningún inconveniente en enviártelas (correo electrónico del 30.1.21).

Las cartas finalmente no fueron remitidas para su análisis.

Por último, a lo largo del texto irá apareciendo el grupo de los plenamente desconocidos, voluntarios que me aferro a no tratar como datos; son aquellos que no han dejado constancia escrita de su participación, pero que deben ser considerados con la franqueza que merecen los otros sectores. Reconociendo donde fueron encuadrados y las

fechas de servicio, el lector o familiar puede hacerse una idea de su experiencia y respuesta en Rusia. Tratar de mostrar el testimonio de sus ojos es difícil a pesar de que en mayor o menor medida, he conocido o tenido contacto con algún familiar directo o indirecto de algunos de estos divisionarios, a veces de la forma más insospechada, otras tras denodada búsqueda. Parte de esos familiares son los que viven el rechazo posterior a la historia de la División Azul cuyo propósito era y sigue siendo ocultar la condición de hijo, sobrino o nieto de un soldado español voluntario en Rusia y que sigue permaneciendo en el tiempo, como una sentencia de facto.

Como vengo exponiendo, un propósito del presente estudio es la regeneración del hecho divisionario, que no quede en un mero principio de negación o adhesión, sino considerar al divisionario como un hombre de su tiempo, atrapado en la vacilante imagen que nos ha llegado de ellos, a veces con una tonalidad siniestra y que parece se está mitigando en favor de la simple y sencilla comprensión de lo que representaron. Para abarcar su tiempo debe ser traducida su actuación y así alcanzar a entender su influencia en la España de posguerra. El proceder actual en las familias es cuestionarse por qué se alistó su padre, abuelo o tío en la División Azul. En un ejercicio de juicio entre las familias, es necesario trasladarse a esas décadas anteriores al alistamiento y no excluir ninguna razón, es más, añadido que es adecuado no intentar comprender profundamente el hecho, algo quimérico porque es cierto que mirar al pasado sin opinión particular, está al alcance de muy pocos.

Hoy es imposible concretar todos los referentes ideológicos de los soldados voluntarios. Algunos he podido entrevistar para así conseguir su filiación política de entonces sin temor a transmitirla. En los expedientes militares, aparte de las fichas de filiación a Falange Española, en numerosas ocasiones aparecen datos precisos de su voluntariedad y para evitar interpretaciones personales, se han transcritos los textos tal cual fueron redactados. Como la finalidad de este estudio pretende no ser un mero estudio teórico ni académico, he contactado con familias que, por regla general, han coincidido en el alistamiento voluntario incondicional del divisionario y en otras, ha sido imposible llegar a descubrir los verdaderos motivos. No quisiera dejar de citar un único caso -o un caso único- que ante el contacto con el hijo del divisionario que ostentó cargos en Falange, su negativa a proporcionar datos se acompañó de la frase –“¡A mí me han educado en otros valores!”.

En una primera aproximación, y como adelanto al resultado de las estadísticas, tras manejar todas las fuentes disponibles, está claro el evidente carácter voluntario en el alistamiento, por lo menos el inicial de julio de 1941. A partir de 1942 y 1943 estamos ante un alistamiento menos ideológico, además de menos numeroso, aunque no son rasgos suficientes para calificarlos como no voluntarios. Algo que es negado por aquellos que rechazan una recluta voluntaria en la División Azul, tal vez, precisamente por estar sujetos a un poder superior académico. Se trata de historiadores que repiten dogmas y tópicos establecidos en torno al alistamiento pasando de puntillas en averiguar qué hay de cierto en esa recluta forzosa, cuando en ocasiones un ligero matiz aclara el motivo para alistarse. Son estudios y artículos demasiado generalistas, que castran la voluntariedad de los divisionarios siguiendo una estrategia común, faltar a la verdad sin profundizar ni concretar el hecho, lo que deriva en medias verdades, que circulan de libro en libro, de boca en boca, buscando institucionalizar su particular interpretación de la División Azul, pero -significativamente-, sin usar testimonios de los protagonistas, ni datos y menos aún, nombres concretos o pruebas específicas. En cambio, en el presente estudio, este enfoque de aportar casos y datos concretos ocupa gran parte del enunciado. Pero hasta que no se editen, provincia por

provincia, todos los estudios sobre los divisionarios y así poder manejar cifras reales, no tendremos plena certeza en admitir o anular estas afirmaciones.

Un ejemplo más sobre la existencia de dos versiones antagónicas lo tenemos en el tema referido al trato de los soldados españoles hacia la población rusa. El testimonio directo de los divisionarios manchegos entrevistados ha mostrado un evidente humanitarismo con los campesinos rusos, todos coinciden en que fueron recibidos como amigos y hermanos; puede afirmarse que los españoles mantuvieron con ellos un trato ejemplar. Vivían en sus casas, ayudaban a la faena diaria, compartían víveres, y repito, no se trata de opiniones, son vivencias transmitidas de forma oral por los últimos divisionarios ciudadrealeños. Pero respetando la realidad histórica, también cito en este libro aquellos casos deshonestos entre divisionarios y población rusa que además de notificados, eran convenientemente juzgados. El historiador Núñez Seixas, ante la integración innegable de los españoles con la población rusa, afirma que los divisionarios relataron esta relación tan idílica para atenuar y limpiar culpas posteriores por haber luchado junto a los alemanes (Núñez, 2005), tesis rechazada con énfasis por todos los entrevistados y testimonios. Estamos ante una obsesión manifiesta de este historiador al insistir en que los divisionarios construyeron artificialmente un “relato divisionario” que blanqueaba su pasado, algo de lo que no ofrece prueba alguna. Sin embargo, el historiador Daniel Arasa, en un capítulo dedicado a los españoles que lucharon en el bando soviético, describe testimonios de esos combatientes comunistas españoles en el sentido que, en efecto, a ellos les constaba de manera fehaciente que los divisionarios mantuvieron una relación humanitaria con los civiles rusos (Arasa, 2005).

De los 967 ciudadrealeños con la condición de divisionarios, hay cuatro desertores al enemigo, esto es, hacia las filas del Ejército Soviético. Son soldados a los que su filiación política interesa tanto o más que el resto, por guardar menos homogeneidad con el grupo, por sobrellevar una convivencia entre falangistas, aun sabiendo de sus intenciones desertoras, por aguantar una autoridad y disciplina militares de un bando considerado con certeza, contrario a su pensamiento. Este grupo supone el 0,41 por ciento de los ciudadrealeños, algo superior a la cifra global de desertores de toda la División Azul y que se analiza detenidamente en el capítulo de los desertores.

Por último señalar que, en el ámbito de estudios provinciales sobre la División Azul, el presente estudio no es el primero, ese honor lo posee Juan Negreira con la División Azul en Baleares (1991 y 2022), le siguen: Carme Agustí Roca de Lérida (2002), Gragera e Infantes de Extremadura (2007), el de Huelva, de Pérez Maestre (2008); el de Toledo escrito por López Covarrubias (2012); el de Puente Fernández sobre Cantabria (2012); el de Aragón de Palacios Pilacés (2013); el de Cáceres, de Escribano Barlett (2014); el de los voluntarios de Murcia de Torres García (2014); el de Canarias con la tesis de Jiménez Soto (2015); el de Almería por parte de Viciano (2018) y el de Burgos (2023) de Hernando Arribas, a todos ellos debemos añadir multitud de estudios comarcales y de localidades más pequeñas que poco a poco van sacando a la luz los nombres de sus divisionarios.

UN PRIMER DIVISIONARIO MANCHEGO

En algún lugar del frente ruso, a finales de marzo del año 1942, el malagonero Ángel Bustos Delgado pasea por su acuartelamiento acompañado por otros soldados españoles. Otro grupo que lleva el mismo uniforme alemán pasa por delante y Ángel, que no ha visto el escudo en la manga derecha con la bandera de España, los saluda con la entonación de la época, “-¡Adiós, cabezas cuadradas!-“ pensando que no alterarán su paso y menos aún que

le entenderán. Con sorpresa, Ángel Bustos recibe respuesta, “-¡Adiós Navajas!-“. De inmediato ambos se reconocen, uno de Malagón (a) el navajas, y otro de Fuente el Fresno, pueblos ciudadrealeños apenas separados por diez kilómetros.

El caso de Ángel Bustos Delgado es tan particular que es mi deseo iniciar este estudio de la División Española de Voluntarios, mencionando alguna de sus numerosas y variadas experiencias. La familia sostiene que Ángel Bustos se alista en la División Azul para escapar de la miseria y la obtención de alguna remuneración económica. La mayoría lo hacen por motivos ideológicos, con esa increíble cerrazón que otorga el convencimiento de las ideas, y otros, rozando el fanatismo en ajustar cuentas con la barbarie del Frente Popular, ocurrida pocos años antes en la provincia de Ciudad Real, hechos que algunos han dejado escrito en sus memorias. Los primeros voluntarios salen de España en julio de 1941 y Ángel Bustos en un primer momento se alista en esa fecha, por lo que no es descabellado considerar su alistamiento como ideológico, pero es tal la avalancha de peticiones para combatir en Rusia que debe esperar a los llamados “batallones en marcha”, esos grupos de voluntarios que van a salir de España para disolverse al llegar a Rusia e ir reemplazando poco a poco a los primeros soldados de tal forma, que se incorpora en el 4º Batallón en Marcha e inicia su viaje a Rusia en marzo de 1942, con 22 años, cuando en España ya se tiene información de cómo está transcurriendo la campaña rusa.

Pudiendo parecer algo repetitivo, cada divisionario merece un estudio individualizado, algo casi imposible de materializar. En algunos casos, los muchos datos guardados en archivos y testimonios familiares nos pueden aportar episodios clarificadores de su estancia y vivencia. En otros muchos, apenas encontramos un nombre, una fecha y poco más que rascar. Con Ángel Bustos estamos ante el primer divisionario “diseccionado” y que proporciona la primera incongruencia porque alistarse en 1941 se traduce en una recluta ideológica cuando Ángel Bustos y según manifiesta la familia de forma contundente, no es derechista, ni falangista. Tampoco su posterior afiliación en la agrupación socialista de Malagón, tras la Transición, es un indicio que aclare su situación puesto que el escritor y falangista Dionisio Ridruejo, creador ideológico de la División Azul también se presentaba como socialista en los años 70.